

En los meses siguientes, los militares austríacos se encargaron de llevar adelante la represión contra el pueblo húngaro. Los principales castigados fueron aquellos que formaron parte del gobierno o los que simpatizaron con la administración revolucionaria, a quienes se los ejecutaba. Además, las tropas imperiales saquearon y destruyeron las ciudades más importantes de Hungría.

Igualmente, al enterarse de las aberraciones sucedidas en suelo húngaro, los mandatarios de los diversos estados europeos le exigieron a Francisco José I que la situación se calmase. Pese a ello, las muertes continuaron y, más adelante, se comenzó a encarcelar a los revolucionarios.

Nuevamente, Hungría y Transilvania pasaron a formar parte del Imperio Habsburgo. Aunque, su situación económica e institucional estaba al borde de la ruina. Además, gran parte de su población había muerto en la guerra de independencia. Pese a ello, pudieron persistir varias de las reformas que se habían llevado a cabo durante la revolución, tales la abolición de la servidumbre, la igualdad de libertades y derechos y la distribución de la carga impositiva.



PESE A LOS PEDIDOS DE PAZ DE LOS MANDATARIOS DE LOS DIVERSOS ESTADOS EUROPEOS, LAS MUERTES CONTINUARON EN SUELO HÚNGARO Y, MÁS ADELANTE, SE COMENZÓ A ENCARCELAR A LOS REVOLUCIONARIOS.



1848 – 1870: GUERRAS DE LA UNIFICACIÓN ITALIANA

A partir de la influencia de los ideales de la Revolución Francesa, en Italia comenzaron a gestarse movimientos que bregaban por la unificación del territorio. Por ello, agrupaciones masónicas, como la Carbonería - fundada a principios de siglo XIX, en Nápoles - empezaron a desarrollar estrategias para concretar su fin. Desde entonces, mediante constantes conspiraciones, los detractores del régimen intentaron desplazar el modelo absolutista, a fin de reemplazarlo con políticos liberales, basada en un fuerte nacionalismo.

Para 1814, las acciones de que ejercían este tipo de grupos era ya frecuente. Años más tarde, precisamente en 1820, se produjo una revolución liberal en España, cuyo efecto se distribuyó en distintos puntos de Europa. En el caso de Italia, las fuerzas que poseía la Carbonería, notoriamente grandes en número, se desplegaron en Nápoles. Rápidamente, encabezadas por el general Guglielmo Pepe, obtuvieron el control de la región.



GUGLIELMO PEPE (ARRIBA).
EJÉRCITO ITALIANO EN
COMBATE. (DERECHA)



Entonces, sin poder contar con tropas que restablecieran plenamente su poder, el rey de las Dos Sicilias, Fernando I, debió aceptar la nueva Constitución, que estaba siendo confeccionada por los ideólogos de la Carbonaria. Además, en el momento en que el texto se encontraba en proceso de conformación, los carboneros impusieron que las leyes del reino fuesen regidas, momentáneamente, por la Constitución española de 1812.

Sin embargo, poco después, la Santa Alianza envió al ejército de Austria hacia la región, a fin sofocar la iniciativa anti-absolutista que se estaban llevando adelante. La llegada de éstas a Nápoles, sumadas al nulo respaldo que la población le otorgó al movimiento, acabó con los planes de los liberales. Luego de recobrar su poder, Fernando I anuló la Constitución y, posteriormente, emprendió una feroz persecución hacia los revolucionarios, que optaron por exiliarse o morir ejecutados.

Por esos años, en el norte de Italia, también irrumpió un movimiento, encabezado por Santorre di Santarosa, que pretendía la unificación de Italia. Esta rebelión empezó en Piamonte, donde los liberales enarbolaron la bandera tricolor, propia de la extinta República Cisalpina. En respuesta, el rey acudió a las tropas austríacas de la Santa Alianza, que concurrieron de prisa, restableciendo el orden en pocos días. Desde entonces, trascurrieron varios años sin que los liberales intentasen imponer sus métodos en Italia.

En 1826, el duque Francisco IV de Módena manifestó que dejaría actuar a aquellos que quisiesen unir al territorio. Esto se debía a que Francisco IV pretendía ser rey de la Alta Italia. En 1830, en Francia, los liberales depusieron al monarca Carlos X. En su lugar, pretendían nombrar al duque Luís Felipe de Orleáns, quien había expresado su apoyo a los revolucionarios de Italia. Por ello, los liberales volvieron a alzarse, aunque el auxilio francés nunca llegó. Al año siguiente, varios líderes fueron encarcelados.

En tanto, Módena, el ducado de Parma y algunas representaciones del Papado también albergaron varios levantamientos liberales. En esos sitios, se constituyó un gobierno provisorio, cuya exigencia fue la unificación de Italia. Al momento en que la conjunción de estos dominios

estaba cerca, el Papa Gregorio XVI recurrió al auxilio militar de la Santa Alianza, por medio de las fuerzas austríacas. A comienzos de 1831, estas tropas sofocaron los alzamientos liberales y, además, aprisionaron a gran parte de los jefes.

Por su parte, Giuseppe Mazzini, uno de los referentes de la Carbonería, se había exiliado en Marsella. Allí, Mazzini conformó un nuevo agrupamiento liberal y nacionalista, denominado La Joven Italia. En tanto, Mazzini armó otras sociedades, a fin de trasladar el movimiento italiano a otras naciones de Europa. Pero, Manzini sabía que su cometido dependía por completo de que se produjese el acompañamiento del pueblo junto a las revueltas liberales.



GIUSEPPE MAZZINI.



LOS CAPRONI ITALIANOS
BOMBARDEAN LOS
PUENTES POR LOS
QUE SE RETIRAN LOS
AUSTROHÚNGAROS DERROTADOS.

Tiempo más tarde, en 1848, los revolucionarios volvieron a irrumpir en Italia. Allí, los liberales realizaron levantamientos ciudades importantes, como Messina, Palermo y Milán. En tanto, los Estados Pontificios, el Reino de las Dos Sicilias y el Reino de Cerdeña, liderados por Carlos Alberto de Saboya, monarca del último distrito mencionado, entraron en guerra con Austria, a fin de lograr su independencia. Además, fueron los gobernantes quienes emprendieron la dirección de la guerra, pese al regreso de varios líderes.

El comienzo de la campaña fue exitoso para el ejército independentista. Pero, al ver que el poder territorial de Cerdeña se expandía, Gregorio XVI optó por abandonar la contienda. Esto mismo fue efectuado por el Reino de las Dos Sicilias, aunque el general Pepe continuó, junto a su división, en la defensa de los terrenos conquistados. Pero, luego de una incontenible ofensiva, los austríacos obligaron a sus enemigos a negociar la paz.

En 1849, se produjo la caída de los bastiones italianos de la guerra. En primer lugar, el gran duque Leopoldo II de Toscana debió dejar Florencia, que quedó regida bajo un gobierno provisional. Por su parte, la paz entre Austria y Cerdeña fue rota por Carlos Alberto. Pero, meses después, el mandatario debió renunciar a la corona, siendo su sitio ocupado por el rey Víctor Manuel II. A su vez, Venecia terminó cediendo ante un prolongado sitio.

En tanto, los revolucionarios habían constituido la República Romana. Este territorio estaba gobernado por un triunvirato, cuyo líder era Mazzini. Ante ello, rápidamente, el ejército imperial francés, liderado por Napoleón III, concurrió a deponer a la nueva administración, por medio del asedio a la ciudad. La defensa, llevada a cabo por las fuerzas de Garibaldi, fue vulnerada y, por ello, en 1850, República Romana cayó.

RESURGIMIENTO DEL MOVIMIENTO INDEPENDENTISTA

Desde su arribo al puesto de Primer Ministro del Piamonte, en 1852, el conde de Cavour, Camillo Benso, había demostrado sus ansias por expandir sus dominios. Para ello, necesitaba concretar la independencia de Italia, hecho que, ya estaba comprobado, sería difícil de realizar. Igualmente, Cavour razonó que, si lograba el apoyo militar de Francia e Inglaterra, su objetivo podría llegar a alcanzarse. Por ello, en 1855, Cerdeña - Piamonte ingresó, sin condicionamientos, a la Guerra de Crimea como aliado de los franceses y los británicos, aunque también, en el mismo bando, estaba Austria.

Sin embargo, a comienzos de 1858, una situación particular alteraría las condiciones diplomáticas de Europa. Luego de haber sido encarcelado por atentar contra la vida de Napoleón, Felice Orsini, un nacionalista italiano, le pidió al emperador, por medio de una carta, que le brinde auxilio a las tropas revolucionarias para unificar el territorio.



NAPOLEON III.

Finalmente, Napoleón III accedió a la propuesta y, meses más tarde, empezó una serie de reuniones con Cavour, que culminaron con la declaración de guerra a Austria. En caso de obtener la victoria, Napoleón III incorporaría Niza y Saboya a sus dominios, mientras que Cavour haría lo propio con Lombardía, Módena, Parma y Véneto. En tanto, las regiones del centro y el sur permanecerían iguales.



EJÉRCITO FRANCES CON
SUS PRISIONEROS
DE GUERRA.

Cuando los términos bélicos habían sido acordados, en Lombardía, los revolucionarios comenzaron a alterar el orden. Ante ello, en abril de 1859, las tropas de Austria, lideradas por el general Ferencz Gyulai, ingresaron a Piamonte. Allí, tomaron varias ciudades de la región, avanzando hacia las cercanías de Turín. Al no hallar a las fuerzas enemigas, el general Gyulai replegó sus hombres hacia Lombardía, dado que, de ser derrotados en Turín, los austriacos tendrían nulas posibilidades de restablecer sus tropas en Italia.

En tanto, era inminente el ingreso de Francia en la contienda. Por eso, a fin evitar una derrota lejos de su territorio, Gyulai decidió combatir, por separado, a las fuerzas franceses y piamontesas. En mayo, las tropas de Napoleón III, quien estaba al frente de los revolucionarios, entraron a Italia. Ese mes, el ejército franco-piamontés logró algunas victorias y, por ello, continuó su avance. A su vez, la división encabezada por Garibaldi, los cazadores de los Alpes, también realizó conquistas significativas en el terreno.

En junio, las fuerzas de Francia vencieron a una división austriaca y, luego, atacaron a la guarnición que Gyulai había dispuesto en Magenta. Allí, las huestes de Napoleón resultaron nuevamente victoriosas, lo que provocó el retiro de los austriacos hacia el norte. Días después, los franceses vencieron a sus enemigos en la Fortaleza del Cuadrilátero, por lo que los austriacos debieron refugiarse en Verona. En tanto, el ejército revolucionario conjuntamente conquistó algunas otras ciudades, como Bérgamo y Brescia.



BATALLA DE SOLFERINO. MÁS DE 118 MIL SOLDADOS FRANCO-PIAMONTÉS, LIDERADOS POR NAPOLEÓN III Y VÍCTOR MANUEL II, DERROTARON A CIEN MIL AUSTRÍACOS.

Sin embargo, el principal golpe de esta guerra ocurriría en la batalla de Solferino. En esa ocasión, más de 118 mil soldados franco – piamontés, liderados por Napoleón III y Víctor Manuel II, derrotaron a cien mil austriacos, comandados por el emperador Francisco José I. Al finalizar la lucha, más de 40 mil soldados quedaron esparcidos, muertos o abandonados, por todo el campo de batalla. Ante ello, horrorizado, el empresario suizo Jean-Henri Dunant se dedicó a auxiliarlos. Tiempo después, en 1863, Dunant creó una organización que se encarga de socorrer a los heridos en combate, sin distinción de bando: el Comité Internacional de la Cruz Roja.



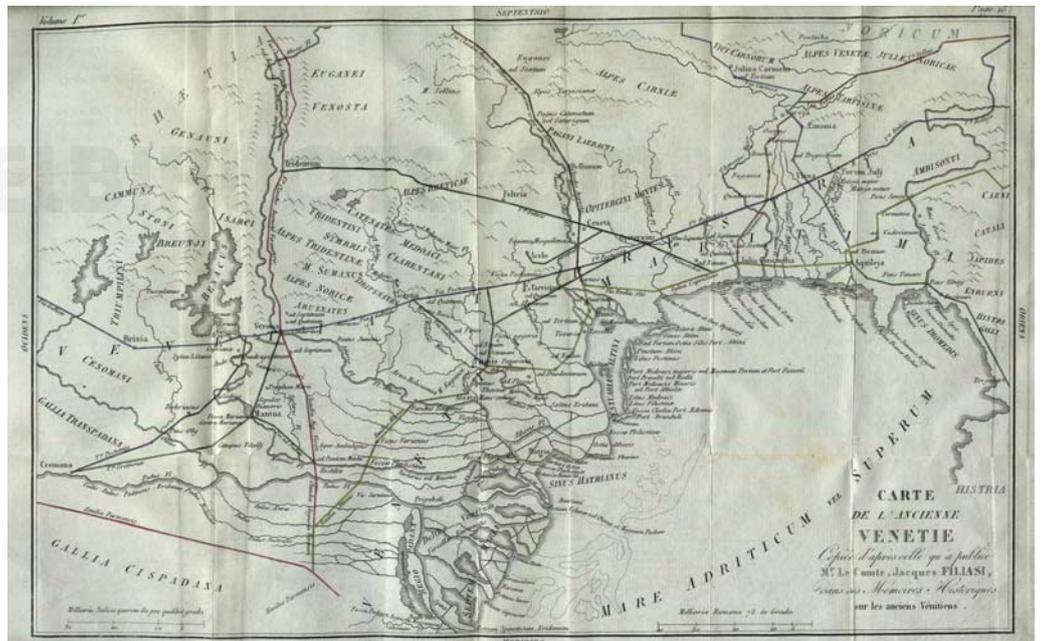
Pese a las condiciones extremadamente favorables, Francia se retiró de la contienda. Por entonces, el príncipe Guillermo - Futuro rey Guillermo I - de Prusia, regente de Federico Guillermo IV, había ordenado la movilización de cerca de 400 mil soldados hacia Italia. A su vez, Napoleón III, quien quería evitar el agrandamiento del conflicto, optó por firmar la paz con Austria, aunque si consultar previamente a los piemonteses.

En este escenario, Víctor Manuel II sabía que no contaba con las fuerzas suficientes para seguir la contienda. Por ello, en noviembre, los estados beligerantes acabaron con la guerra, mediante la firma de un pacto en Zurich. Así, Austria pudo conservar buena parte de sus dominios en Italia, mientras que le cedió el dominio de Niza, Saboya y Lombardía a los franceses.

Pese a ello, Napoleón III le otorgó este terreno a Víctor Manuel II, quien no pudo cumplir su objetivo de acaparar el control del Véneto. También, se estipuló que la totalidad de los estados italianos tendrían que conformar una confederación, cuyo líder sería el Papa. De esta manera, Austria se garantizaba el mantenimiento del control sobre los territorios italianos.

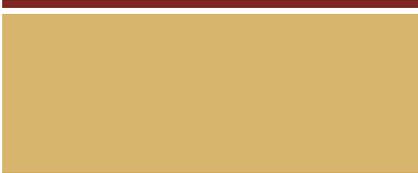


(ARRIBA) VICTOR MANUEL II,
(DERECHA) MAPA ANTIGUO
DEL VÉNETO.



UNIFICACIÓN DE ITALIA

Para marzo de 1860, las regiones de Emilia Romagna, Módena, Parma y Toscana formaban parte de los dominios de Cerdeña - Piemonte. Por entonces, el rey Francisco II de las Dos Sicilias atravesaba por una situación dificultosa. Su pueblo tenía tendencias revolucionarias, que eran facilitadas por su falta de autoridad. En abril, ocurrieron algunas revueltas, que fueron fácilmente sofocadas por las poderosas fuerzas militares del reino, que se apoyaban el bienestar económico de la región.

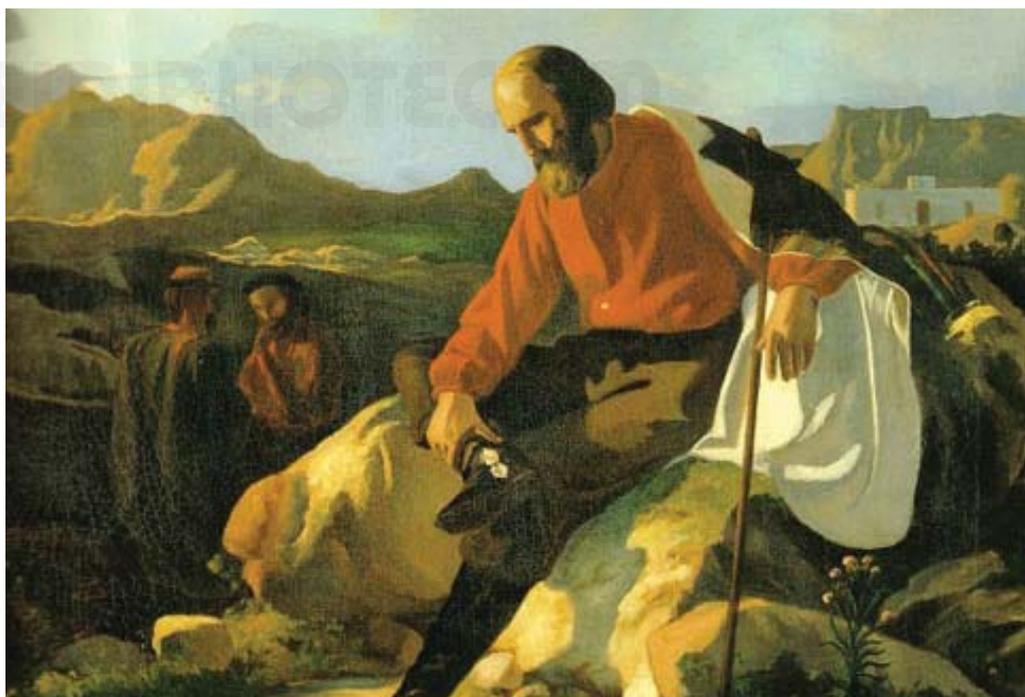


Por este último motivo, y en pos de la unificación de Italia, el Piemonte quería incorporar las Dos Sicilias a su territorio. En mayo, Garibaldi lideró una incursión marítima, llamada la Expedición de los Mil hacia Sicilia. En su combate, en Marsala, los revolucionarios fueron derrotados a causa de su inferioridad numérica. Luego, Garibaldi recibió gran cantidad de refuerzos de las fuerzas sardo piemontesas.

Con ellas, las tropas de Garibaldi emprendieron algunas victorias en fila y, así, alcanzaron la ciudad de Salerno, cerca de Nápoles. Recién allí, Francisco II ordenó a sus fuerzas que defendiesen sus dominios. Poco después, los revolucionarios derrotaron a las tropas de Francisco II, quien debió dejar el trono. Ante ello, Garibaldi asumió como dictador de las Dos Sicilias. Por ello, sus hombres saquearon el palacio y, además, vaciaron las arcas y todo el patrimonio del reino.

En octubre, los piemonteses desarrollaron una votación en Nápoles, mediante la que el pueblo debía expresarse respecto a la anexión de su reino al de Piemonte. El resultado, originado en medio de prácticas fraudulentas, derivó en la voluntad de los napolitanos a formar parte de los dominios de Víctor Manuel II, perdiendo así su independencia.

Frente a ello, las tropas de Francisco II atacaron los dominios piemonteses, aunque fueron derrotadas nuevamente por los soldados de Garibaldi. Entonces, las fuerzas piemontesas del general Enrico Cialdini emprendieron una prolongada ofensiva – duraría meses – contra el resto del ejército de Francisco II. Finalmente, en febrero, el mandatario de las Dos Sicilias se rindió y, junto con su esposa, partieron hacia los Estados Pontificios. Pese a ello, Francisco II nunca abandonó los títulos nobiliarios, ni tampoco lo hizo su familia.

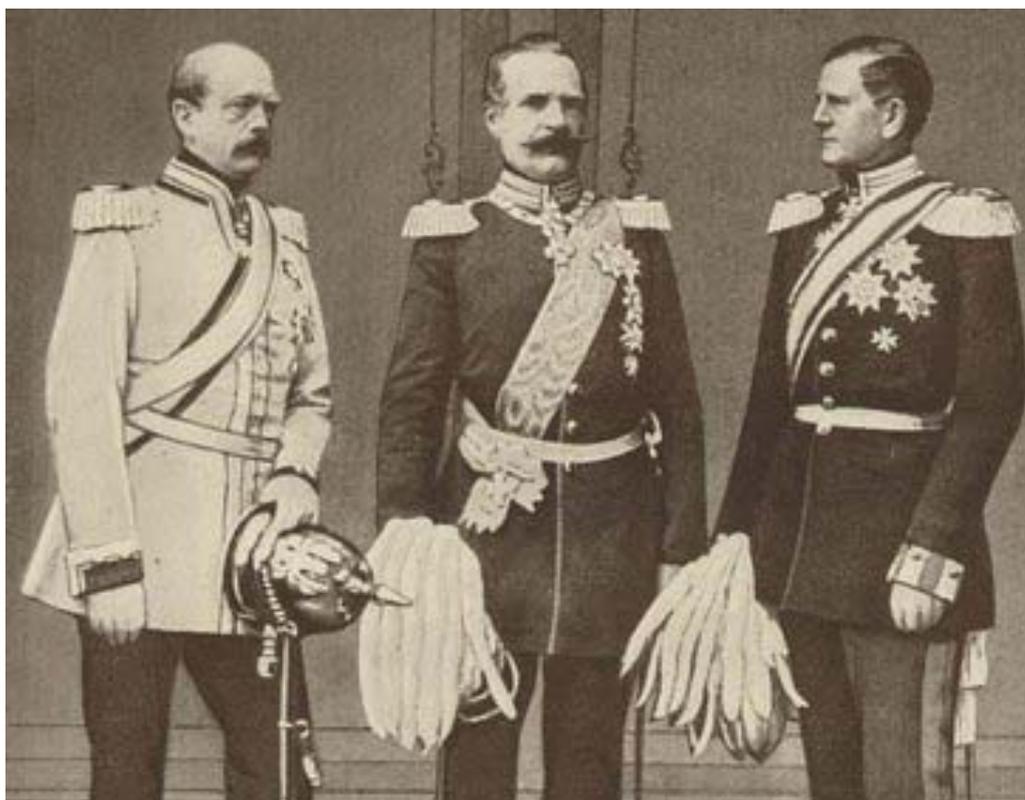


LAS TROPAS DE GARIBALDI
EMPRENDIERON ALGUNAS
VICTORIAS EN FILA ALCANZANDO
LA CIUDAD DE SALERNO,
CERCA DE NÁPOLES.
RECIÉN ALLÍ, FRANCISCO II
ORDENÓ A SUS FUERZAS QUE
DEFENDIESEN SUS DOMINIOS.

Un año después, Víctor Manuel II controlaba casi toda Italia, excepto Roma y Véneto. En tanto, el rey de Cerdeña – Piemonte reunió a los representantes de los territorios que dominaba y logró que lo coronasen al frente del Reino de Italia. Su administración estuvo mayormente regida por la Constitución liberal de 1848, aunque en el sur, a causa de las revueltas, se dictó la ley marcial.



EN SEPTIEMBRE DE 1862, OTTO VON BISMARCK FUE DESIGNADO PRIMER MINISTRO DE PRUSIA. CON ÉL SE INICIO LA UNIFICACIÓN ALEMANA Y LA SUPREMACÍA DE PRUSIA.



Igualmente, Garibaldi quería marchar hacia Roma, a fin de derrotar a las fuerzas francesas allí ubicadas y, finalmente, poder controlar los Estados Pontificios. Sin embargo, Víctor Manuel II y Cavour evitaron que la ofensiva se concretase, ya que, de fallar, pondrían en riesgo todas sus conquistas.

Años más tarde, en 1866, los italianos se lanzaron a la conquista del Véneto. Para ello, en primer lugar, se aliaron con Otto von Bismarck, Primer Ministro de Prusia. Este estado había entrado en guerra con Austria, por ello, las fuerzas italianas, lideradas por el general Alfonso La Marmora, aprovecharon para conquistar aquellos territorios peninsulares que estaban en manos extranjeras. Además, por su parte, Prusia también buscaba la unificación de todos los estados germanos.

En junio, Prusia comenzó su ofensiva contra Austria y, días más tarde, luego de declarar la guerra, Italia hizo lo propio. Las primeras acciones italianas fueron poco fructíferas, ya que el ejército, dividido en dos frentes, no pudo doblegar la resistencia enemiga. Pero, los éxitos prusianos resultaron decisivos para Italia, debido a que los austríacos se replegaron en el territorio, descuidando Véneto.

Al mes siguiente, Napoleón III ofreció su mediación en la guerra. Francia estaba inquieta, ya que el avance prusiano ponía en peligro el equilibrio de poder en Europa continental. Igualmente, Italia rechazó la negociación. Las tropas de La Marmora y Cialdini no habían obtenido victorias en el transcurso del conflicto, lo que dejaba al reino al margen de cualquier condicionamiento para acabar la contienda.

En ello, Cialdini partió, junto con 150 mil soldados, hacia la conquista del Véneto. En pocas semanas, esta fuerza había conquistado las ciudades más importantes de la región. En tanto,

las tropas de Garibaldi obtuvieron algunas victorias en su misión de dominar Trentino, aunque, posteriormente, el gobierno les ordenó volver. Por su parte, la división de La Marmora debía afrontar la defensa de la Fortaleza del Cuadrilátero.

Los combates culminaron en agosto, con la derrota de Austria en ambos frentes. En octubre, los estados beligerantes firmaron el Tratado de Viena, que estableció la anexión del Véneto por parte de Italia. A pesar de ello, aún faltaba incorporar algunas otras regiones para completar la unificación. Entonces, Garibaldi realizó una incursión a Roma, pero fue derrotado y aprisionado por las fuerzas francesas. En 1867, el ejército francés, que se había retirado de allí, volvió y sofocó un nuevo intento italiano de conquista.

En 1870, Napoleón III convocó a las tropas francesas que se encontraban en Roma, a fin de reforzar el ejército imperial para la guerra con Prusia. Pese a ello, Italia no emprendió un ataque inmediato. Por el contrario, la conquista de Roma empezó luego de que los italiano se enterasen de la derrota de Francia y, por consiguiente, la caída de Segundo Imperio. Entonces, Víctor Manuel II le ofreció seguridad al Papa, a raíz de una toma pacífica de la ciudad por parte del ejército italiano.

Ante la respuesta negativa de Pío IX, las tropas italianas, encabezadas por el general Raffaele Cadorna, sitiaron la ciudad. Lejos de poder acceder a la victoria, Pío IX exigió a la guardia que resistiese ante la ofensiva enemiga. Pero, finalmente, Cadorna tomó el control de Roma. Meses después, por medio de una votación, se legitimó el dominio de Italia las regiones de Roma y Lacio.

Sin embargo, el Papado no reconoció el poder de Italia sobre sus dominios. Desde entonces, instó a los católicos a realizar acciones para deslegitimar al gobierno italiano. Esta situación continuó hasta 1929, cuando el Reino de Italia y la Santa Sede firmaron los Pactos de Letrán. Por medio de estos documentos, el rey Víctor Manuel III, por medio del Primer Ministro Benito Mussolini, reconoció la independencia de la Santa Sede y, además, se fundó el Estado de la Ciudad del Vaticano.



(ARRIBA) FIRMA DEL TRATADO DE LETRAN. (DERECHA) ANTIGUA LITOGRAFÍA DEL ESTADO DEL VATICANO.

